

RESUMEN

Este ensayo explora cómo los escritores rioplatenses de la generación de posdictadura (o sea, aquellos nacidos en la década del 60 y el 70) se relacionan con el contexto político de militancia y represión en que crecieron, y cómo esa relación afecta sus posiciones ideológicas en la temprana adultez. La reflexión conecta el planteo del sociólogo Emilio De Ípola en su artículo “Un legado trunco”, con el análisis de tres cuentos escritos por integrantes de la generación de posdictadura: “El grito” (2004) de Florencia Abbate, “Qué difícil es ser de izquierda en estos días” (2004) de Gabriel Sosa y “Los cuatro fantásticos” (2005) de Fabián Casas. Estos cuentos trabajan sobre la experiencia y perspectiva de hijos de militantes exiliados, detenidos y desaparecidos desde su presente en el nuevo milenio.

Palabras clave: memoria, posdictadura, herencia, crisis, literatura, Río de la Plata

ABSTRACT

This essay explores how Río de la Plata writers, from the postdictatorship generation (i.e., those born in the 70s and 80s), relate with the political context of revolution and repression in which they grew up, and how such relationship affects their political perspectives as young adults. Throughout the reflection I interweave the perspective of sociologist Emilio De Ípola in his article “Un legado trunco” and the analysis of three short stories written by, and about, postdictatorship generation’s members: Florencia Abbate’s “El grito” (2004), Gabriel Sosa’s “Qué difícil es ser de izquierda en estos días” (2004) and “Los cuatro fantásticos” (2005) by Fabián Casas. These stories address the experience of sons and daughters of political activists who were exiled, imprisoned, or disappeared during the last dictatorship, from the context of the new millennium.

Keywords: memory, postdictatorship, inheritance, crisis, contemporary literature, Río de la Plata

¿Cómo heredar la militancia política del 60 y 70? Reflexiones en torno a tres cuentos sobre/de la generación de posdictadura en el Río de la Plata

Ana Ros (Binghamton University)

Este ensayo reflexiona sobre cómo los escritores rioplatenses de la generación de posdictadura (o sea, aquellos nacidos en la década del 60 y el 70) se relacionan con el contexto político de militancia y represión en que crecieron y cómo esa relación afecta sus posiciones ideológicas en la adultez temprana. El tema de la herencia intergeneracional es, por ende, central a esta reflexión ya que la militancia y la represión llegan a estos escritores a través de la generación de sus padres, quienes vivieron esas experiencias directamente y con conciencia de lo que estaba sucediendo. Como parte central de la reflexión, se conecta el planteo del sociólogo argentino Emilio De Ípola en su artículo “Un legado trunco”, con el análisis de tres cuentos escritos por integrantes de la generación de posdictadura: “El grito” (2004) de Florencia Abbate, “Qué difícil es ser de izquierda en estos días” (2004) de Gabriel Sosa y “Los cuatro fantásticos” (2005) de Fabián Casas. Estos textos abordan la experiencia y perspectiva de hijos de militantes exiliados, detenidos y desaparecidos —hijos en general de una época signada por la revolución y la represión— desde su presente en el nuevo milenio¹.

El interés por el tema aquí abordado surge de constatar dos hechos relacionados que podrían atentar contra la conciencia histórica de la región en un futuro próximo. Primero: cada vez nos separa una distancia mayor del contexto que dio lugar a la militancia y a la represión —nótese que para quienes hoy tienen 25 años, la dictadura es una historia anterior a su nacimiento—. Segundo: casi no se han propiciado instancias de transmisión y de debate entre la generación que militó en la década del 60 y 70 (conocida como generación revolucionaria) y la generación de posdictadura, respecto a lo sucedido en esas décadas. Dichas instancias resultan clave tanto para preservar la capacidad de interpelación de la memoria colectiva² en el

¹ Vale mencionar que existe otro tipo de narrativa escrita por integrantes de la generación de posdictadura, que también resulta iluminadora a los efectos de pensar la relación de herencia. En la misma los autores imaginan cómo fue vivir la militancia/represión, construyendo protagonistas militantes o ligados a la militancia que contarán sus historias desde esos contextos. Tal es el caso de las novelas *La fe de los traidores* (Pasquini, 2008), *La historia del llanto* (Pauls, 2007), *El museo de la revolución* (Kohan, 2006), *La aventura de los bustos de Eva* (Gamerro, 2004) y *La vida por Perón* (Guebel, 2004), entre otras.

² En esta oportunidad y de aquí en más, al hablar de “memoria colectiva” me refiero a la memoria contraoficial promulgada por: las instituciones defensoras de los Derechos Humanos, las víctimas de la represión y sus familiares, en reacción a la memoria oficial, basada en ocultamiento y tergiversación de información respecto a lo sucedido en dictadura y en las “políticas del olvido” (fundadas en las leyes de Obediencia debida y Punto final

tiempo como para transformar ese pasado en experiencia y por ende recurrir a él como orientación en los conflictos del presente.

Como afirma el ensayista Christian Ferrer respecto a la época de dictadura:

los acontecimientos sucedidos hace ya tres décadas nos van a hacer compañía por mucho tiempo aún, al menos por el lapso vital que se corresponde con los que por entonces experimentaron esa época mortífera como con el grado y modo de concernimiento al que puedan o quieran quedar adheridos aquellos que ni siquiera habían nacido” (Lerman).

En el caso de la generación de posdictadura, el grado de concernimiento al que se refiere Ferrer no es voluntario: lo que pasó en esas décadas y lo que vivieron sus padres les concierne por ser parte de su propia historia e identidad. Sin embargo, esto no significa que realmente conozcan ese pasado, ya que fue siempre un tema difícil de abordar: cuando eran niños porque no lo comprenderían y luego, cuando ya estaban en edad de comprender, porque probablemente significaba volver sobre heridas aún abiertas.

Por otra parte, el haber pasado la juventud en un contexto tan diferente al de sus padres, como es el de los 90, ha sido generalmente interpretado como la causa de un bache entre ambas generaciones. Esa existencia entre épocas podría proporcionar a la generación de posdictadura la distancia necesaria para tomar el pasado revolucionario y dictatorial como experiencia en los conflictos del presente, pero para ello es necesario entablar, previamente, un diálogo con ese pasado. Es necesario conocerlo, cuestionarlo, reinterpretarlo a la luz del paso del tiempo, juzgarlo y elegir qué continuar y cómo adaptarlo a las especificidades del presente. En otras palabras, es necesario integrar ese pasado a la historia propia.

¿Un legado trunco?

En su artículo titulado “Un legado Trunco”, De Ípola reflexiona sobre la conmemoración de los 20 años del golpe de Estado en la Argentina, en 1996. Allí el autor observa sorprendido como entre los estudiantes universitarios la celebración adquirió el mismo tono, estilo y consignas que tenían las demostraciones juveniles en los años 70: “era como la reproducción de una vieja y familiar instantánea” (24). Seguidamente, De Ípola llama la atención sobre un artículo titulado “El Che y los moderados”, publicado en la revista estudiantil *Huevos para cambiar la historia*, en el que se rescata la siguiente frase del Che como propuesta de acción para el presente: “en

en Argentina y en la Ley de Caducidad en Uruguay). La memoria colectiva contraoficial queda inicialmente plasmada en los reportes Nunca más de ambos países.

un momento dado, mucho más fuerte y positiva que las manifestaciones pacíficas es un tiro bien dado a quién se le debe dar” (27).

En la búsqueda de posibles explicaciones para este *revival* —que raya en el anacronismo— De Ípola comienza por analizar la relación de la década siguiente, es decir de los años ochenta, con la experiencia de la militancia. El autor sostiene que el clima de democratización de los ochenta, por distintos motivos, no proporcionó un espacio para la revisión crítica de la década anterior:

en la Argentina no hubo prácticamente discusión ni confrontaciones sostenidas y productivas entre los intelectuales de izquierda acerca de los setenta. No por ello los profundos cambios ideológico-políticos que tuvieron lugar en esos años dejaron de verificarse en la Argentina. Pero lo hicieron de un modo silencioso y hasta clandestino (De Ípola 27).

Estos profundos cambios a los que refiere el autor consisten en un rápido desplazamiento de intereses (de la violencia armada a la transición pacífica) y de agendas (de la valoración positiva de la revolución a la valoración positiva de la democracia). La ausencia de un debate colectivo que reflexionara sobre el significado de la militancia, evaluando aciertos y desaciertos, dejó coexistiendo las nuevas convicciones y las viejas sin articulación.

A nivel de los motivos por los cuales el debate no se produjo, De Ípola destaca la ausencia de protagonistas. Afirma que este debate debía haber sido llevado a cabo por aquellos que, al finalizar la dictadura, tendrían entre 30 y 35 años, pero muchos de esos jóvenes estaban “desaparecidos” y los que no lo estaban respondieron a otro tipo de urgencias al retomar sus posiciones de liderazgo. Por otra parte, evitando el debate se procuraba salvaguardar la imagen de las agrupaciones de izquierda, ya presentadas como derrotadas por parte del ejército, y la imagen de algunos de sus líderes, cuya actuación cuestionable podía llevar a enfrentamientos internos. De todos modos, por un motivo u otro, el vaciamiento de protagonistas en el escenario de la discusión, más la coexistencia de relatos opuestos en la sociedad, dificultaron la relación de la generación de posdictadura con ese pasado a la hora de definir su propia experiencia política, resultando en escenas como la que motivó el artículo de De Ípola.

En efecto, por obra de él [vaciamiento] se abrió un hiato insuperable entre los intelectuales de mi generación y los más jóvenes, aquellos que ahora tienen, aproximadamente, la edad de nuestros hijos. Estos últimos carecieron así de un elemento indispensable para la elaboración de sus experiencias: la transmisión de las generaciones que los precedieron. Ese

insustituible legado quedó, por tanto, inexorablemente trunco (De Ípola 27).

Privados de la transmisión, estos jóvenes no tuvieron la oportunidad de dialogar con ese pasado, de interpretarlo a la luz de su contexto presente para determinar una forma de militancia propia. Como afirma Ignacio Vallejos, éstos son “jóvenes intelectuales que han debido reconstruir su identidad política a partir de retazos idílicos, de incongruencias y de sueños propios que encontraban en los sesenta el lugar de la utopía realizada”.

Coincidimos con De Ípola en que la escena descrita es indicador de una transmisión problemática, sin embargo, aquí nos interesa pensarla más como resultado de un legado que de su interrupción. Parto de la base de que no podemos dejar de legar, legamos a pesar nuestro; de nuestra voluntad o de nuestra conciencia de estar legando e incluso a pesar de la articulación discursiva de lo legado. Como señalan Elizabeth Jelin en *Los trabajos de la memoria* y Fernando Reati en *Memoria colectiva y políticas del olvido*, ya en democracia, las experiencias vividas en dictadura prescindían del relato manifestándose en actitudes y tics sociales del tipo no salir a la calle sin los documentos; sentir temor ante las sirenas o los uniformes; abrigar desconfianza hacia los otros; no discutir sobre ciertos temas (especialmente sobre política); cultivar un humor cínico, etc. Con esto en mente, a continuación nos aproximaremos a los textos literarios ya mencionados como resultado del tratamiento de la militancia en la memoria colectiva y de lo vivido por parte de la generación de posdictadura en relación a ese pasado. O sea, como expresión de una herencia y no de su falta.

El legado: su contexto y sus manifestaciones.

Veamos, para empezar, las circunstancias en las que se inscribe la memoria colectiva que afectará a la generación de posdictadura. A la salida de la dictadura, la meta más urgente de las agrupaciones de derechos humanos era lograr juicio y castigo a los represores por los crímenes cometidos. Temiendo que el compromiso político de los afectados pudiera significar un inconveniente para alcanzar dicha meta, se subordinó la imagen del militante a la del detenido desaparecido en la memoria colectiva, destacando su condición de víctima de los abusos represivos sobre sus proyectos y actividades políticas. Esto dificultó el establecimiento de un diálogo abierto con el pasado militante por parte de quienes no lo vivieron directamente, ya que, ante el horror de la represión, las preguntas o valoraciones propias de las diferencias de contexto que los separan podían ser recibidas como falta de empatía y hasta crueldad. De ahí, por ejemplo, el testimonio de una hija de exiliados uruguayos, recogido en el marco de una investigación

conducida por sociólogas de la generación del 60, afirma:

yo me refería a que la generación de ustedes [del 60] resulta por momentos incuestionable, al habérsela jugado por ideales. El hecho de haber sido víctimas de una terrible injusticia los convierte por momentos en seres incuestionables... como que el solo mero hecho de una crítica pusiera en cuestión todo lo demás, es como muy difícil criticar o hasta incluso acusar de errores a las víctimas de un disparate como fue la represión, siempre sentís que les hacés más daño aún y eso es terrible (Porta 138).

La cita delinea otro elemento también clave en la construcción de la memoria colectiva: el énfasis en el carácter inmolatorio y heroico de la figura del detenido desaparecido. Este énfasis consiste en presentar a los militantes como referentes, en tanto actores de una gesta a reivindicar y a seguir, pero a su vez los sitúa en un plano superior, prácticamente inaccesible para quienes vienen después, dificultando el cumplimiento con el modelo.

Esta relación de apreciación de la militancia y a su vez de impotencia, se origina en el interior mismo de la generación del 60 y 70. Para estas generaciones la militancia constituyó una de las experiencias más significativas de su vida y también una gran pérdida, ya que fue interrumpida abruptamente, teniendo que aceptarse como etapa concluida e irrepetible. Como afirma, Martín Caparrós, autor de *La voluntad*:

Pasado aquel tiempo, pasados los años, yo empecé a tener, y tengo hoy, una vida que me gusta, pero el estado de pasión en que vivimos en esos años no se repite. Hablábamos nada menos que de cambiar el mundo. Y sí; uno tiene nostalgia de la descomunal excitación que esto producía (Pérez, “Fragmentos”).

Esta experiencia, sin embargo, no siempre pudo articularse con claridad en el plano discursivo, ya que el dolor por los seres queridos perdidos, agredidos o alejados imperaba sobre todos los duelos. No obstante, este sentido de impotencia se manifestó, inevitablemente, en la relación con las generaciones siguientes de diversas maneras, como por ejemplo, la que Caparrós denomina la “función boomerang” de los años 70¹:

¹ De hecho, ciertos artículos del libro *De los 60 a los 90. deGeneraciones. Lo que nos separa o nos une no es solo tiempo*, expresan esta idea al destacar los aspectos en que las nuevas movilizaciones juveniles resultan insuficientes en comparación con las del 60: “Esta naciente solidaridad ya no es militante como antaño, sino más bien *soft*. La lucha es hoy uno a uno; la espectacularidad es mejor vista que la masividad. Los grandes sujetos (el pueblo, el movimiento obrero) provocan desconfianza... Los colores invaden los jóvenes rostros en las movilizaciones, se revaloriza el juego y la fiesta, y una nueva utopía

Los setenta fueron un momento de esplendor, aunque odio la función boomerang con que se los utiliza. Me refiero a que se lo suele tirar como un arma arrojadiza contra la generación de los que ahora tienen alrededor de treinta, para convencerlos de que en realidad llegaron tarde, de que no estuvieron en el único momento en el que valía la pena estar (Trímboli 57).

Y ese mensaje es recibido por la generación de posdictadura como tal, sin cuestionarlo, como indicador del lugar que le ha tocado ocupar en la historia política del país. Ignacio Vallejos, hijo de militantes políticos en Argentina, tras reconocer que, aún para él, lo que había sucedido en los 70 constituía una incógnita, agrega

[m]ás allá de la particular relación de cada uno con sus padres, de lo hablado o de lo callado, el clima de época no daba lugar al diálogo. No había espacio para pensar qué había pasado, sólo para sufrir por lo que había pasado... Mi generación adoptó la actitud de haber llegado tarde a la historia. Nuestro lugar era el de penar por aquel pasado que no habíamos vivido y que continuaba siendo el mito político más fuerte que podíamos percibir.

En el cuento “Qué difícil es ser de izquierda en estos días” (2004) el narrador uruguayo Gabriel Sosa trabaja sobre la compleja relación con la herencia política de los años 60 desde la perspectiva de Rosalía, una hija de ex militantes uruguayos. Con tono humorístico el narrador describe la lucha de Rosalía entre el modelo de la ética militante recibido de sus padres y el haber estudiado publicidad en la universidad más cara del país, cuando se presenta:

...yo se que es así, la gente te encasilla. Y yo no soy eso, viste, es mi trabajo, me gusta, pero yo soy otra cosa. En parte por mí, en parte por mi familia. Ta, yo hice comunicaciones en la Católica, me quedan algunas materias que algún día las daré cuando me pinte, pero lo mío es otra cosa. No sé, me gusta mi arte, me gusta la persona que soy... ¿entendés?... Y además es genético, yo me crié en casa de mis viejos, mi viejo es militante del arte, salía en la brigada Liber Arce... Mateo me cantaba para que me durmiera¹... Qué difícil es ser de izquierda en estos días— dijo tristemente (Sosa 144).

—moderada, por cierto— comienza a parirse. Dulce, blandita, querible. Como el yogurt” (Leal 144).

¹ Aquí Rosalía hace referencia a dos íconos de la cultura de izquierda en el Uruguay: Mateo, representa la renovación y el desarrollo de la música popular nacional y la Brigada Liber Arce es una agrupación militante caracterizada por el uso del arte en sus manifestaciones.

Rosalía presenta a su interlocutor una situación un tanto confusa: asegura que le gusta su trabajo como publicista pero no quiere ser “encasillada”, es decir, definida por él porque ella es “otra cosa”; así mismo la carrera que estudió, Comunicaciones, tampoco la conforma del todo: “lo mío es otra cosa”. Pero ¿qué es esta “otra cosa” que no le permite identificarse por completo con lo que hace a pesar de que le guste? Su herencia. Si ella es hija de militantes de izquierda, no puede quedarse en ser publicista, tiene que haber algo más: también es artista. Su arte, como actividad vocacional sin fines de lucro, es lo que la conecta con sus padres, dejando entrever la asociación existente en su imaginario entre la militancia del 60 y lo no comercializable: el pensamiento, la creatividad, la sensibilidad, los valores, etc. Conexión que de hecho no pudo mantenerse frente el avance del capitalismo basado, entre otras cosas, en develar esas actividades y virtudes como mercancías (*comodificación*).

Así, queda expuesta una tensión entre la ética militante, que suponía subordinar todos los aspectos de la vida —y especialmente el laboral— al proyecto de transformar la realidad para alcanzar la autorrealización en el bien común; y la ética del tiempo de Rosalía, en la que el trabajo y la autorrealización pueden ir por caminos separados sin conflicto aparente (indicador principal de alineación). Como observa Caparrós, en los 70 en Argentina —aplicable también para Uruguay— todo se subordinaba a la militancia: “Los estudios, el trabajo, la familia, los afectos. La unidad de los grupos era considerada imprescindible, y en función de ella podían resignarse muchas cosas”. La militancia teñía todo, hasta la obra del artista. En las obras de arte el peso de lo político se hacía cada vez más fuerte. Se teñía de rojo el agua de las fuentes (Pérez “Fragmentos”). Mientras que en el tiempo de Rosalía coexisten los dos extremos del arte: “su” arte como gesto creativo y comunicativo por un lado y su trabajo como publicista, que coloca la creatividad al servicio del mercado, por otro.

Para dar más fuerza al argumento de que ella no puede ser defida por su trabajo, Rosalía recurre por un lado a la genética (su padre salía en la brigada Liber Arce), y por otro al ambiente artístico, bohemio y de izquierda en el que fue criada, expresado por la cercanía de Mateo con su círculo familiar: “Mateo me cantaba para que me durmiera”. Por genética y por ambiente —que se supone son los aspectos centrales en la formación de la personalidad— ella es también como sus padres, o sea, de izquierda, a pesar de trabajar como publicista. Pero a pesar de su razonamiento, Rosalía se siente en falta ante al modelo de activismo de los años 60 y 70, entendido como referente de legitimidad, proponiendo como justificación las características de la época en que le ha tocado vivir: no es que ella sea menos de izquierda que sus padres sino que ser de izquierda ahora es mucho más difícil que antes, es decir, que cuando sus padres eran jóvenes y

y militaban. De ahí la constatación que da título al cuento y al libro entero: “Qué difícil es ser de izquierda en estos días” (Sosa 144).

No obstante, esto que Rosalía experimenta como algo que la diferencia y distancia de sus padres, podría llegar a unirla en un contexto de diálogo fluido, transformando el autorreproche en una búsqueda común. Los propios integrantes de la generación del 60 y del 70 padecen un desajuste similar al tener que adaptarse a una vida sin la militancia, tan solo diez años después, cuando los golpes de estado terminaron. Reati lo define como “el difícil (a menudo imposible) proceso de adaptación de militantes de izquierda que, tras sufrir la cárcel o el exilio, deben resignarse a vivir en el mundo *light* y consumista de los 90 como mensajeros de un pasado que ya sólo parece existir en sus recuerdos”. Ante esto la respuesta es o bien asimilarse a la nueva época dejando el pasado atrás o bien aislarse en una nueva forma de exilio interior. De una manera u otra, aunque ya no participen en política, siguen siendo siempre militantes y las opciones que tomen se juzgarán como continuación o corte con esa etapa. De hecho, cuando Rosalía habla de su padre utiliza los dos tiempos verbales, pasado y presente: “Mi viejo es militante del arte, salía en la brigada Liber Arce” (Sosa 144).

Pero ¿cómo se actualiza en Rosalía ese ser militante que define a sus padres, más allá de la sensibilidad artística y del dilema respecto a sus opciones de vida? Tal vez en la observación: “qué difícil es ser de izquierda en estos días”. En esta observación radica el reconocimiento de la imposibilidad de extrapolar la militancia de los años 60 y 70 al presente. Sin embargo, en lugar de funcionar como un aliciente para buscar una alternativa de militancia que responda a las características de su época, esta imposibilidad entristece a Rosalía, como si se tratara de un fracaso personal, derivando en nostalgia, incomodidad y justificaciones. Por el contrario, el “fracaso” debería entenderse como constitutivo de esa búsqueda ya que, en primer lugar, gracias a la distancia temporal puede reconocer que la militancia del 60 y 70 no fue ideal en todos los sentidos disciriendo lo que sí se admira de ella como aspecto a ser rescatado. Segundo, por ser precisamente una búsqueda no supone una respuesta definitiva a cómo heredar la militancia del 60 y 70 sino que invita a una constante reformulación de la respuesta dependiendo de las configuraciones del presente (a nivel local y global) y de los resultados que se vayan obteniendo en los diferentes intentos.

Otro personaje hijo de militantes es Federico, el protagonista del cuento “El grito” (2004) de la narradora argentina Florencia Abbate. En este caso, los padres de Federico eran militantes políticos exiliados durante la dictadura, que regresaron a la Argentina, como muchos otros, cuando la redemocratización, para proseguir allí con sus vidas. Una vez en

Argentina el matrimonio se rompe, el padre se hace empresario —dueño de una cadena de disquerías— y la madre se dedica a las prácticas espirituales. Federico comienza a narrar el cuento el día de su cumpleaños número treinta, en medio de una profunda crisis existencial. Relata su historia intercalando episodios del presente y del pasado y en una oportunidad, al referirse a la infancia propia y de su hermano comenta:

A los siete años ya habíamos vivido en cuatro ciudades: Baires, Santiago, Quito, y el suplicio de Estocolmo. El que teníamos en Chile era un departamento de un ambiente y alquilado. Papá le había mandado [a la madre de Federico] la plata para que comprara una casa, pero ella no quiso: pensaba que ya faltaba poco para el socialismo y que todo iba a ser patrimonio colectivo. La cuestión es que a ese monoambiente venían a esconderse cantidad de personas... No me acuerdo mucho, pero sí que casi todos eran tipos que llegaban disfrazados y fumaban como escuerzos. Llegaban en mitad de la noche, siempre de improviso. Y apenas entraban decían “Chuparon a otro.” Agustín no tenía ni dos años y la situación lo ponía muy inquieto. El pobre lloraba todo el tiempo; no podía dormir” (Abbate 21).

En los últimos años Federico ha cambiado múltiples veces de carrera sin interesarse en nada (a excepción del suicidio de Durkheim que lo obsesionó en sus días en Sociología) y vive en un departamento mantenido por sus padres. A diferencia de Rosalía, no parece experimentar culpa por no identificarse con la ética militante de la generación de sus padres: “Sé que nada tiene sentido y que mi vida es por completo prescindible, soy tímido, nunca milité, las arengas me provocan fobia y jamás he logrado creer fácilmente que mi conveniencia pueda estar de acuerdo con el bien general” (Abatte, 40). Incluso, él se define por oposición a Diego, un ex compañero de la carrera de Sociología dedicado activamente a la militancia, quien analiza todas las circunstancias sociales a las que se enfrenta desde la teoría marxista.

Después de muchos años Federico se encuentra con Diego en un taxi, justo la mañana del día en que el presidente De la Rúa dimitiría, acosado por las incesantes protestas populares provocada por la crisis del 2001. Diego le explica a Federico la situación en términos de “revolución”, “participación directa del pueblo en los asuntos públicos” y “convergencia entre la clase media y los trabajadores”. A lo que Federico responde cínicamente con su versión, fundada en que “existe una suerte de consanguinidad entre los defectos de los ciudadanos que protestan y los de los gobernantes. Y que los ciudadanos se distinguen por ser moderados en todas las cosas, excepto en su pasión por la propiedad privada”. Luego, irritado, por la falta de comprensión de Diego, lo aborda directamente: “le dije que era insufrible observarlo acalorarse con consignas de los tiempos de mi madre,

pero sin conseguir evocar ni el entusiasmo ni la indignación que ella debió haber sentido” (Abatte 43).

Pero ¿hasta qué punto estas opiniones sitúan a Federico del lado opuesto al de sus padres? Analizando sus respuestas más de cerca podemos notar cierta radicalidad (aunque acompañada o causante de cierto escepticismo) que recuerda el clima político de los años 70. Por ejemplo, parece estar de acuerdo con que la militancia de los años 70 fue algo único e irrepetible y reprobar su reproducción fuera de contexto, por considerarla una burda imitación. No milita, pero no queda claro si es porque no le surge naturalmente o porque considera que la militancia de su época no es lo suficientemente revolucionaria en relación a su imaginario de la militancia del 70. Notemos que en la discusión con Diego lo escuchamos recriminarle que “entre los jóvenes de izquierda había más charlatanes y desorientados que reales sediciosos” y que “nada podía esperarse de tipos que son incapaces de pegarle a alguien” (Abatte 43-4). Recriminación que resuena con el artículo citado por De Ípola (“El Che y los moderados”) en que se privilegia la toma de acción violenta sobre las demostraciones pacíficas.

Por otra parte, a nivel ideológico, Federico no utiliza las categorías de “pueblo” o de “revolución” para analizar los hechos pero encuentra la causa de los conflictos actuales en la afición de la mayoría de la gente a la propiedad privada (afición que su madre ya reprueba cuando prefiere alquilar el monoambiente en Santiago). Y aún más, él percibe que el mayor problema radica en la incapacidad de la gente —deliberada o no— para ver que esa defendida propiedad privada es la base del sistema que acaba de colapsar quedándose con sus ahorros. Así mismo, y nuevamente a través del cinismo, Federico identifica como los motivos de la crisis: la falta de autocrítica de la gente, la tendencia a delegar poder y la complacencia en el aumento de la capacidad de consumo, independientemente del sistema en que se produzca, como cuando la dolarización del peso durante el segundo gobierno de Carlos Menem (quien fue reelecto a pesar de haberse comprobado la seriedad de su proyecto económico neoliberal y las nefastas consecuencias del mismo para los sectores trabajadores)

También le dije que su agrupación estaba equivocada al subestimar a los gobernantes que en las últimas décadas lograron cosas bastante notables: corromper a la gente sin que se sintiese desafiada; oprimirla aún más inyectándole la convicción de que la beneficiaba; ahogar su altruismo en la avidez de placeres egoístas (Abatte 45).

En un país recién salido del menemismo y en plena crisis socioeconómica, la observación de Federico parece coincidir con la relectura que Žižek hace de la fórmula marxista sobre la conciencia ingenua de la ideología

capitalista (“no lo saben pero lo hacen”), afirmando con él: “saben perfectamente lo que hacen pero lo hacen igual” (Gómez). Ante una certeza de tal tipo sobre la hipocresía social, su cinismo y pesimismo aparecen como la medida más inmediata de resistencia y hasta incluso de supervivencia.

El taxi que Federico y Diego se toman no logra alejarlos de los disturbios porque no puede avanzar y pronto se ven nuevamente en medio de una masa de gente protestando, rompiendo vidrieras, corriendo enloquecidamente, luchando contra la policía que no logra reprimirlos, un televisor prendido y nada más, porque Federico cae desmayado tras recibir el impacto de una bala de goma en la pantorrilla. Diego lo lleva en otro taxi a la casa de su madre donde se recuperará durante el fin de semana, sintiendo por primera vez que ella no merece hacerse tanta mala sangre por sus hijos sino comenzar a ver en él signos de adultez. Este episodio es paralelo a otro, minutos antes de recibir el impacto de bala en la pantorrilla, en que Federico ve en un televisor encendido (probablemente en una tienda) a su padre parado frente a la vidriera rota de una de sus disquerías que había sido saqueada, siendo entrevistado para las noticias: “Pensé en mi padre con cierto dolor. Pensé que no quería seguir dependiendo de él toda mi vida. Pensé en lo rápido que el tiempo se iba” (Abbate 48).

En ese momento algo cambia: Federico comienza a “dejar” de ser hijo, pudiendo ver en sus padres algo más que la razón de sus problemas y el blanco de sus reproches: hombres y mujeres que también fueron hijos y que también lidiaron con la búsqueda de sentido y desearon que la sociedad fuera diferente, encontrándose hoy en algún punto a ser comprendido en relación a ese deseo¹. La voluntad de no seguir dependiendo de su padre toda la vida puede ser leída, en el contexto de la reflexión sobre la herencia, como la toma de un rol protagónico en la historia que, cómo la crisis del sistema capitalista en Argentina lo demuestra, se continúa más allá del fin auspiciado por Fukuyama. El descubrimiento de Federico consiste, en parte, en ver que él es y no es sus padres, aceptando la paradoja de la herencia. Las experiencias vividas con sus padres durante la infancia y la versión del mundo recibida a través de ellos lo constituyen y por lo tanto al comprenderlos se comprende a sí mismo. Aceptar que ese pasado revolucionario y dictatorial lo concierne más allá de su voluntad, por ser parte de su historia, le permite tomar una posición activa respecto a lo heredado en vez de simplemente padecerlo.

Pero ¿por qué en ese momento? ¿por qué Federico adquiere esta comprensión sobre la herencia justo entonces? Tal vez el haber vivido una experiencia similar a lo que podría haber sido la convulsionada realidad de los años 60 y 70 conecta a Federico con lo que sus padres pudieron haber

¹ Podemos ver un proceso similar en la protagonista niña de *La faute à Fidel!* (*La culpa es de Fidel*) del año 2006 de la directora Julie Gavras.

experimentado en su juventud (el terror a la represión, la cercanía de la pobreza, la desesperación y la rebelión popular):

Sentía un pavor irracional, aunque en definitiva muy real. Vi que la montada venía siguiendo a una oleada de tipos con palos, y me oculté en el hall de un negocio de electrodomésticos. Un instante después a mi lado apareció un viejecito... Me miró a los ojos y me dijo: ‘Se me va todo en remedios. Ya no aguanto’. De repente se dio vuelta y le pegó a la vidriera con su grueso bastón... Esa rápida y sencilla descarga que se permitió aquel anciano me dejó por unos segundos, inmovilizado (Abbate 47).

Las escenas atestiguadas en el epicentro de la crisis develan las continuidades entre el país de los 70 y el país del cambio de milenio; develan una misma violencia estatal detrás de diferentes manifestaciones y un gobierno democrático que no significó realmente un corte con las desigualdades sociales inauguradas por la dictadura. Así las protestas de la población cobran una tinte radical bajo el lema “que se vayan todos”, indicando que nada de lo ofrecido hasta el momento a nivel estatal e institucional ha garantizado la prometida protección y representación.

En lo que a los padres de Federico respecta, la crisis social del 2001 también sirve de lugar de encuentro con su hijo, aunque esto parta de algunas suposiciones más guiadas por el deseo que por la realidad. Por ejemplo, la madre de Federico creía que él estaba participando de las movilizaciones populares cuando fue herido por la bala de goma, hecho que aprueba y celebra como un punto de contacto entre su historia y la de su hijo:

En el momento en que nos despedimos me dijo que ella estaba orgullosa de mí, que mi interés por lo social es una novedad auspiciosa, que siempre he tenido condiciones para todo lo imaginable y, debido a motivos más profundos que ella considera necesario indagar con una ayuda externa, la mayoría de las veces la desaproveché por pura apatía. Yo contesté que las cosas ya estaban empezando a cambiar (Abbate 49).

El episodio de la crisis como espacio de encuentro entre ambas generaciones sustituye, en el cuento, el momento de acercamiento e intercambio entre la generación del 70 y la de posdictadura, en tanto experiencia necesaria para comprender lo fundamental de unos y otros en la continuación de la historia. Como señala Elizabeth Jelin, para que las generaciones de posdictadura puedan crear una perspectiva propia sobre el pasado revolucionario/represivo, actualizándolo en su presente en nuevas formas de compromiso y resistencia, es necesario conocerlo, exponerse a sus historias, preguntarle y resignificarlo de acuerdo un nuevo contexto.

Finalmente, el cuento “Los cuatro fantásticos” (2005), del autor argentino Fabián Casas, resulta revelador en ese sentido. Casas señala en la contratapa del libro que todo “es absolutamente verídico. Pasó realmente como lo voy a contar” y comienza el cuento abruptamente con el siguiente párrafo:

Hubo alguien antes pero yo no lo conocí. Aunque muchos me dicen que tengo algo de su carácter y de su boca. Esas cosas. A mí no me preocupa parecerme a alguien. Hay tantas caras en el mundo que uno, tarde o temprano, termina siendo otro. Yo quisiera hablar acá de los que conocí (Casas 21).

Ese alguien, situado en un “antes” en relación al narrador y que él no conoció es su padre; uno de los 30.000 detenidos desaparecidos de la dictadura Argentina¹. Los otros, los que sí conoció son los cuatro novios que su madre tuvo hasta que él cumplió dieciocho años. Los cuatro le enseñaron diferentes cosas pero el último, Rolando, “fue clave” nos dice “porque él me habló por primera vez de mi padre. Porque él estaba obsesionado con el tipo que fue mi padre” (Casas 26). A través de Rolando el narrador se entera de que su padre había sido guerrillero: “¿Vos sabés que tu viejo andaba metido en la guerrilla y que prefirió eso a tener a una familia, cuidarte a vos, verte crecer... ¡Y tu mamá lo creía un tipo grosso, inteligente! ¿En serio nunca viste una foto suya?” (Casas 27).

La relación de su madre con Rolando termina y ya no sabemos más nada del padre desaparecido. A pesar de la intención declarada del narrador de no hablar de ese padre que no conoció, su figura filtra todo el relato desde su rotunda ausencia: él no está, no puede contrastar las palabras de Rolando, no puede contar su historia, su hijo no lo puede conocer y el lector tampoco. Es una ausencia inmune a las representaciones (las fotos), a las obsesiones a favor o en contra de los 70, y al silencio melancólico, como el de la madre del protagonista. Ahí, en esa imposibilidad de reparar la ausencia dejada por la desaparición en la vida del protagonista está la denuncia del cuento pero también hay un reclamo. Algo de ese padre sigue vivo en la cara y el carácter de su hijo, planteándole el imperativo de decidir quién quiere ser, ya que, “uno tarde o temprano termina siendo otro” (Casas 21). De hecho, el lector se queda esperando la reacción o la opinión del protagonista frente a la revelación de Rolando, pero ésta no llega en el cuento.

¹ Este texto nos remite indefectiblemente a la nouvelle *El mar y la serpiente* de Paula Bombara, también hija de padre desaparecido, estructurada en el pasado de su infancia cuando su padre desaparece y el presente de su adolescencia cuando comienza a reconstruir la historia, escasamente presente en su memoria, a través de una entrevista a su madre.

Esa, tal vez, es la búsqueda que hoy nos toca asumir: mirando al pasado, preguntarnos qué tipo de presente queremos y cómo construirlo. Es una búsqueda intergeneracional, mano a mano con los sobrevivientes de esas décadas de grandes proyectos y de horror represivo, en tanto portadores de una historia pero también como críticos del presente. Es una búsqueda de final abierto, construyéndose en cada nueva situación en que el encuentro con el pasado nos permita comprender y responder mejor el presente. Mientras tanto, la realidad persiste: seguimos pensando, preguntando, celebrando y padeciendo el pasado, abrazando el presente, heredando...

Bibliografía

Abbate, Florencia. *El grito*. Buenos Aires: Emecé, 2004.

Bombara, Paula. *El mar y la serpiente*. Buenos Aires: Norma, 2005.

Casas, Fabián. *Los lemmings y otros cuentos*. Buenos Aires: Santiago Arcos Ed., 2005.

De Ípola, Emilio. "Un legado trunco". *Punto de vista*. 58 (1997): 24-28.

Fukuyama, Francis. *El fin de la historia y el último hombre*. Planeta: Buenos Aires, 1992.

Gómez, Mariana. "La década de los noventa en la Argentina. Ideología y subjetividad en la sociedad menemista." *Revista Latina de Comunicación Social*. 61, (2006). La Laguna (Tenerife), 05/09/2009: <http://www.ull.es/publicaciones/latina/200610gomez.html>10gomez.htm

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo Veintiuno, 2001.

Leal, Gustavo. "Los militantes yogurt". En Sarthou, Hoenir et al (coord.) *De los 60 a los 90. deGeneraciones. Lo que nos separa o nos une no es solo tiempo*. Montevideo: Nordan Comunidad, 1995.

Lerman, Gabriel. "Aire de familia. Notas sobre memorias y subjetividades." *Rayando los confines*. Traducciones y estudios. 15/07/2008. <http://www.rayandolosconfines.com.ar/tradu4.html>.

Pérez, Ana Laura. "Fragmentos de un país todavía secreto." *Clarín.com*. 22/11/1998. 15/07/2008. <<http://www.clarin.com/suplementos/cultura/1998/11/22/e-01001d.htm>>.

Porta, Cristina. "La cuestión de la identidad en los hijos de exiliados-desexiliados." En Aldo Marchesi et al (comp.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a treinta años del golpe en el Uruguay*. Montevideo: Trilce, 2004.

Reati, Fernando. "Trauma, duelo y derrota en las novelas de ex-presos de la guerra sucia argentina." *Chasqui*. 33, 1 (2004): 106-128.

—. "Introducción" en Reati, Fernando y Bergero, Adriana (comp.), *Memoria colectiva y políticas del olvido: Argentina y Uruguay 1970-1990*. Argentina: Beatriz Viterbo, 1997.

¿Cómo heredar la militancia política del 60 y 70? Reflexiones en torno a tres cuentos sobre/de la generación de posdictadura en el Río de la Plata
Ana Ros

Sosa, Gabriel. *Qué difícil es ser de izquierda en estos días y otros cuentos de amor*. Montevideo: Planeta, 2004.

Vallejos, Juan Ignacio. “Los Rubios. Intelectuales, Crítica Histórica y Tragedia.” *El interpretador. Literatura, Arte y Pensamiento*. 24 (2006): 1-18. <http://www.elinterpretador.net/24JuanIgnacioVallejos-LosRubiosIntelectualesCriticaHistoricayTragedia.html>.

Trímboli, Javier. *La izquierda en la Argentina: conversaciones*. Buenos Aires: Manantial, 1998.